



www.loqueleo.com/ec

© 2011, Hans Behr

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-927-0

Derechos de autor: 53346

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2018

Tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Tito Martínez

Actividades: Joan Ashwell

Corrección de estilo: Mauricio Montenegro

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

Casita, casona, casuna

Hans Behr

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleto



*A la memoria de Margarita Isaías,
a quien recordaremos un par de siglos.*

*A Carlos Barcos, Puchi,
por las madrugadas
cuando corríamos a lo Tom Sawyer
hasta el puerto marítimo.*

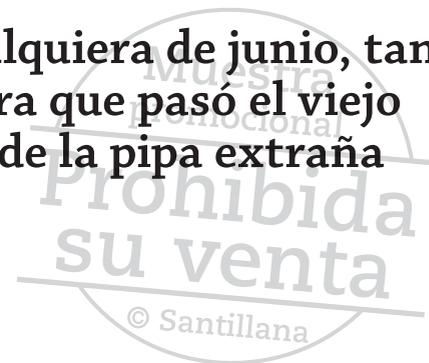
*A Paola Gómez,
testigo de los seres perennes.*



Un día cualquiera de junio, tan cualquiera que pasó el viejo cartero de la pipa extraña ..	11
Otro día del mes de junio	19
Domingo, encima diecisiete	24
Otro domingo, de los últimos de junio	28
Dos horas después	34
Al día siguiente... después de venir de la escuela y jugar con Excálibur al juego de la pelota	41
Miércoles de caracoles y el equipo azul metió dos goles	45
Fin de junio	51
Noche de julio, con media luna asomándose entre las nubes (daría la impresión de ser una ladrona de sueños)	59

Una semana después	62
Julio, mañana sin palomas	70
Domingo de julio	75
Al día siguiente	81
Llueve y es jueves	86
Viernes de extrañas ocurrencias	89
25 de julio	95
La misma tarde, después de tomar leche y galletas	100
Al otro día, después del almuerzo	105
No te hartes, que es martes... julio	114
Agosto, sábado de globos	120
Agosto, domingo de misa	124
Miércoles, después de clases	127
Dos días después	131
Domingo 18 de agosto, tarde de fútbol	134
Biografía	141
Cuaderno de actividades	143

Un día cualquiera de junio, tan cualquiera que pasó el viejo cartero de la pipa extraña



Adivina, adivinador:

11

Es blanca, pero las hay rosadas

y amarillas, y de colores diversos.

Una familia de mariposas manchadas

y otra de luciérnagas habitan sobre su cabeza.

Estalactitas y estalagmitas crecen

*en su interior (estas librarán una guerra
sin cuartel el día en que se encuentren).*

Es un poco grande, pero no tanto,

*porque las hay del tamaño de una ballena
milenaria, como la gran Moby Dick.*

Es alegre, bulliciosa.

¿De qué se trata?

Por supuesto que de ti, casa querida.

Te cuento que he empezado a escribirte en el diario que me regaló la tía Flérida hace un par

de cumpleaños. No había considerado sacarlo del baúl ni limpiarle el polvo con una esponjita. Quizás porque una vez leí *El diario de Ana Frank* y, al navegar dentro de su tristeza, ternura e ilusión, se murieron de golpe y para siempre todos los diarios que podrían escribirse en el mundo. No leería ni escribiría ningún otro diario.

12 Sin embargo, hoy cambié de parecer. Escribiré mis memorias solo porque el otro día mamá dijo que tú, Casita de Corazones, estabas vieja, y se pasó mirando en el periódico las fotografías y los anuncios de casas en venta. Le dijo a papá que ya era hora de buscar otro lugar para vivir. Pero yo te prefiero a ti; no te cambiaría por ninguna otra casa, por más grande o linda que sea. Además, tú tienes colores y sonrisas.

El verde, por ejemplo, que es el color de las hojas de los árboles y el césped, está presente en las baldosas del patio, donde vive Excálibur, mi perro, al que papá no deja entrar porque es travieso y le daña los zapatos con sus colmillos. Claro que en las noches yo le abro la puerta para que duerma en mi cuarto.

El azul es el color del cielo inmenso y del cuarto de Andrés, mi hermano mayor, de doce años, a quien le gusta tocar la guitarra después de la escuela. Adora el azul porque es el color de su equipo de fútbol.

Uno de los sueños de Andrés, aparte de volverse músico, es convertirse en delantero, que el público vibre cuando él tenga el balón en sus pies, hacer goles y ser famoso. También sabe pintar y hacer dibujos de tigres maravillosos que brincan entre los árboles buscando un escarabajo de oro.

El cuarto de Pablo es de tonos claros, despejado y frío, porque siempre tiene encendido el ventilador del tumbado.

Yo comparto mi habitación con María Paula, a quien le decimos Mapapa. El cuarto está decorado con colores variados, y tenemos la sensación de que somos un par de princesas, por las hadas, los brillos, las flores, los capullos y las aves que adornan las paredes.

Pablo y María Paula, como sabes, son mis hermanos menores, el uno de ocho y la otra de

siete años. Se llevan como un perro y un gato. Pelean por muchas cosas y de manera agotadora, como si alguien les hubiera hecho un embrujo cuando eran pequeños, pues apenas terminan de discutir por algún programa de televisión, ya están riñendo por el último sorbo de la botella de gaseosa.

14

A veces, por pura maldad, cuando veo en sus miradas que se avecina una nueva batalla, me les adelanto, a sabiendas de que me odian un buen rato, y corro, por ejemplo, para recibir los bizcochos que trae la tía Flérida cuando nos visita los fines de semana. Ella es la tía de papá, pero nosotros igual le decimos así.

Mamá se enoja mucho y dice que Pablito y Mapapa no parecen hermanos sino griegos y troyanos. Yo no estoy de acuerdo con aquella comparación porque ellos no entienden ni jota, es como si les dijeran «estalactitas y estalagmitas» o «camellos y begonias». Lo sabrán después, cuando estudien Historia y sepan que los

griegos y los troyanos eran enemigos y que, para vencer, los griegos se inventaron la idea fabulosa del caballo gigante. Prefiero quedarme callada, no corregir a mamá, ella tendrá sus razones, y peor contarle mi teoría del



Muestra
promocional

Prohibida
SU venta

© Santillana

brujo antipático que entró una noche en la habitación donde ambos dormían cuando eran bebés, y les colocó en sus corazones el hechizo de las peleas infinitas.

De todos modos yo los quiero.

El resto de mi casa es blanca como la leche o como los cabellos de los ancianos.

16 Había olvidado mencionar que en la pared de mi cuarto, junto a mi cama, hay un arcoíris y un trencito con cara de payaso que viaja sobre las nubes. Lo bueno es que el arcoíris tiene numerosos colores: rojo, azul, fucsia, anaranjado, y no me acuerdo cuáles más. Hace años el trencito entretenía a Pablo, en particular cuando mamá lo dejaba conmigo porque tenía que cambiarle los pañales a María Paula.

—Anda, distráelo con el trencito —me decía.

De lo contrario, Pablito se escabullía como esos conejos mágicos y hacía alguna travesura. Mamá lo encontraba en su cuarto desparrramando el talco, o en la sala comiéndose las hojas de los maceteros como si fuera una iguana. Entonces ella lo castigaba, pero sin nalgadas

(solo recurría a ellas cuando mordía a las personas), lo metía en la cuna y no lo sacaba por nada, aunque fueran las tres de la tarde, gritara o pusiera esa carita de tortuga consentida, parecida a la de Excálibur cuando pide, sin lardidos, entrar a la casa. © Santillana

Pero en esas miradas de tortuga no podíamos confiar, ah no... porque, al menor descuido, a mí, que intentaba consolarlo con el trencito o el dinosaurio de peluche, su juguete favorito, me mordía y me hacía llorar. Al verme con las marcas de sus dientes en mi brazo, papá me decía que no hay dolor que dure tanto. Tenía razón. A partir de entonces, cuando algo anda mal, espero a que la situación mejore. Papá sabe muchas cosas.

Cuando el dolor de la mordedura terminaba, me daba cuenta de que seguía queriendo a Pablito como antes. Hasta le perdonaba que no supiera pronunciar mi nombre, porque en vez de decirme María Alejandra, que es como me llamo, me decía Mi Mañana, en su lengua mocha y partida. Un día papá y mamá lo escucharon

y se rieron bastante. Desde entonces todos me dicen Mi Mañana.

18 Mamá me explicó que hay nombres que nacen del cariño, que Mi Mañana es lindo porque suena a campanitas y que nadie en el mundo lo tiene. Pero a mí no me gusta. Yo me llamo María Alejandra, aunque mi nombre secreto, es decir, solo para ti y para mí, Casita de los Disfraces, sea Mata Hari.

Desde que lo escuché una noche, cuando mi papá y sus amigos conversaban en la sala de la casa, me encantó. Fue como si cada una de sus letras tuviera magia. Y me gustó más aún cuando supe que era el nombre de una espía famosa y muy linda que bailaba como nadie lo había hecho antes, y enamoraba a sus enemigos para que le contaran sus planes.

Esos son tus colores, casita adorada. Pero también dije que guardabas sonrisas, las nuestras y las de los familiares y amigos que nos visitan, se alegran y dejan sus historias dentro de tus paredes. Y, por qué no, también las de Excálibur.

Otro día del mes de junio

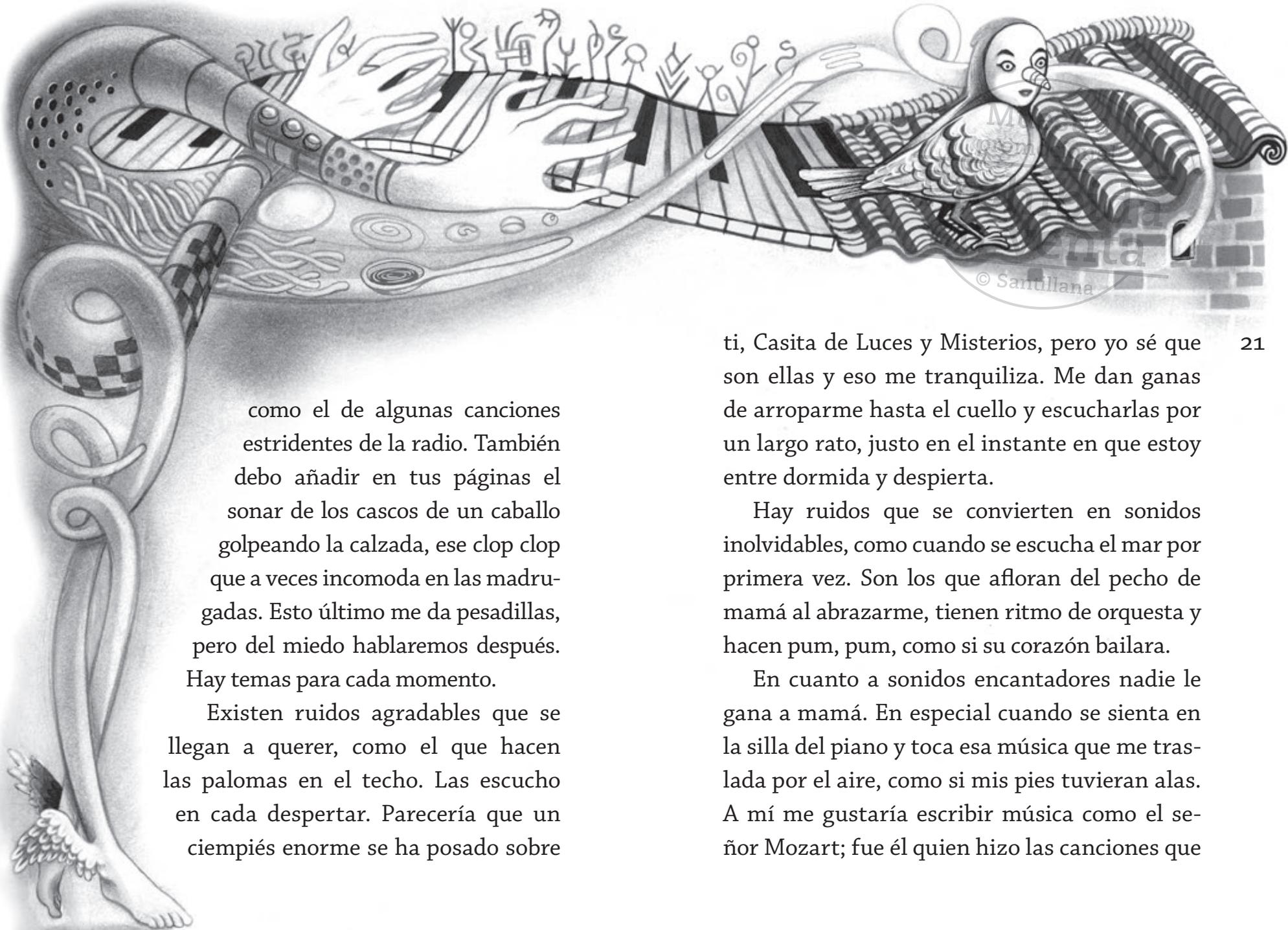


Querida casa, otra adivinanza suena en mi 19
cabeza:

*Son primos y no se parecen,
tampoco pueden estar juntos.
Uno es altanero y buscapleitos,
le fascinan las farras y las cornetas
que hagan bulla.
El otro es elegante, viste de frac
y se lo encuentra en las cuerdas,
tubos o teclas.
¿Ya diste con ellos?*

(El ruido y la melodía).

Existen en diversos lugares. Al igual que los olores y los sabores, hay ruidos que no soporto,



como el de algunas canciones estridentes de la radio. También debo añadir en tus páginas el sonar de los cascos de un caballo golpeando la calzada, ese clop clop que a veces incomoda en las madrugadas. Esto último me da pesadillas, pero del miedo hablaremos después. Hay temas para cada momento.

Existen ruidos agradables que se llegan a querer, como el que hacen las palomas en el techo. Las escucho en cada despertar. Parecería que un ciempiés enorme se ha posado sobre

ti, Casita de Luces y Misterios, pero yo sé que son ellas y eso me tranquiliza. Me dan ganas de arrojarme hasta el cuello y escucharlas por un largo rato, justo en el instante en que estoy entre dormida y despierta. 21

Hay ruidos que se convierten en sonidos inolvidables, como cuando se escucha el mar por primera vez. Son los que afloran del pecho de mamá al abrazarme, tienen ritmo de orquesta y hacen pum, pum, como si su corazón bailara.

En cuanto a sonidos encantadores nadie le gana a mamá. En especial cuando se sienta en la silla del piano y toca esa música que me traslada por el aire, como si mis pies tuvieran alas. A mí me gustaría escribir música como el señor Mozart; fue él quien hizo las canciones que